

WALT WHITMAN, *Diario de Canadá*, edición y traducción de Antonio Fernández Díez, Ápeiron Ediciones, Madrid, 2015, 99 pp. ISBN: 978-84-944252-8-8.

Con el pensamiento vienen el recuerdo y el miedo. El miedo a perder un recuerdo es manifiesto y tenemos diversos modos de eludirlo. Walt Whitman escribe y habla con su diario, su compañero de viaje. El poeta que se canta a sí mismo fue a Canadá en el verano del año 1880 a respirar sus aires. Concretamente el *segundo aire*: tuvo un primer aire, que lo mantuvo vivo un tiempo en un cierto lugar, pero el segundo le ofrece algo distinto, un verano indio en el que ansiamos participar, sea en el San Lorenzo, el Saguenay o en Trinity Rock. Sus recuerdos de Brooklyn, sus reflexiones sobre las lecturas, su interés por observar en la naturaleza siempre la vida salvaje y libre. Fuera de toda preocupación, de todo lamento, de todo dogmatismo y de toda política, los paisajes canadienses son un ejemplo de lo que significa ser tan libre como humano. Y en este diario se nos presenta su observación, su aprendizaje, sus observaciones en un lugar antes desconocido.

El diario empieza con su estancia en Londres, en un día perfecto en el que las horas pasan en calma, y en Sarnia, que solo está separada de Míchigan por el río St. Clair, fácil de atravesar en ferri. Uno se da cuenta rápidamente de lo mucho que disfruta Whitman al observar el cielo por la noche y, en general, al contemplar la poesía, los pájaros, los niños jugando en el recreo, las plantas, los indígenas y el periódico, del que saca sus recuerdos de Brooklyn al ver la noticia de la demolición de una iglesia ligada a su juventud. La llamada “city of churches”, entre otros lemas, tiene un pasado holandés, como la propia familia de nuestro poeta. Al criarse en un ambiente muy teísta, el hecho de que no acepte ninguna fe como verdadera llama la atención. Cuesta imaginarse a Whitman peleando con alguien o negando llana y rotundamente algo. Es más propenso a ser imaginado sentado en un barco observando los barcos de Port Huron, o levantándose temprano para observar el amanecer, sin meterse con nada ni con nadie. Después de más de un mes por Sarnia, comienza su excursión por el río San Lorenzo durante casi veinte días. A bordo del barco Algerian, del que observa *cómo se desprende de sus ataduras hacia la libertad*, en dirección a Kingston, se empieza a entrever lo que es Canadá. Whitman explica con detalle aquello que consideró importante registrar. Va creando una serie de imágenes que impactan. Uno lee este calmado viaje por un territorio tan especial y rápidamente añade a su lista de deseos viajar a Canadá. ¿Qué puede haber mejor que un *segundo aire*? Tomar un aire diferente no es tan solo respirar; es también vivir de otra forma. Da la sensación que ese viaje es lo que nos hará ser libres, como al Algerian.

249

Adriá Fernández